

usos antiguos, para que así vayan cambiando de opinión con respecto á ellos las personas que los consideran como el veneno de la verdadera enseñanza y como contrarios á los más altos fines del maestro. Los exámenes, en el lugar que les corresponde, han prestado gran servicio á la educación y pueden prestárselo mayor; pero esto será con una condición: hagamos por que ni nosotros ni nuestros alumnos miremos como un fin el éxito en los exámenes, sino como un medio de llegar al fin más alto de la cultura verdadera, al conocimiento de sí mismos y á la reflexión.

VII

ENSEÑANZA PREPARATORIA

Enseñanza preparatoria.—Confío en que nadie estimará innecesario ni fuera de lugar lo que aquí se diga sobre la enseñanza rudimentaria. En la enseñanza superior necesitamos tener á nuestra disposición facultades ya adiestradas y mantenidas en ejercicio sistemático y activo; y sería muy bueno que esta disciplina se obtuviera en la escuela preparatoria. Pero hay dos razones para que los maestros de las escuelas públicas traten de formar nociones claras acerca de la enseñanza elemental y aun de la de párvulos. Primera, porque dicha enseñanza es frecuentemente incompleta y necesita de que se le dé ensanche en un curso superior. Es increíble que se descuide tanto la enseñanza de la lectura y de la escritura, hasta el punto de que jóvenes que han estado en las escuelas públicas escriban de modo que apenas sea legible lo que escriben; y, sin embargo, he visto muchos de ellos presentarse á examen para obtener empleos públicos, y ser rechazados por la razón apuntada. Si en la enseñanza elemental se ha trabajado sin éxito ó no se ha trabajado lo suficiente en este punto, en la superior hay que poner mayor atención de lo ordinario para enseñar con propiedad tales artes; y si por el contrario se ha conseguido provecho, en los cursos adelantados hay que seguir trabajando para acabar la obra.

Y segunda razón, porque como aun los maestros de las clases más avanzadas pueden ser llamados á organizar y dirigir secciones preparatorias, ó al menos á examinar si estas llenan su objeto, todos deben familiarizarse con los métodos de la enseñanza elemental.

Principios que deben observarse.—No es de mi incumbencia hacer aquí un análisis del papel que desempeñan los sentidos y la inteligencia en el desarrollo de un niño. No necesitamos detenernos á demostrar verdades tan evidentes como la de que los sentidos son el órgano del entendimiento; que en la niñez los sentidos son más activos que la inteligencia, y que los primeros rudimentos deben enseñarse hablando á los sentidos de la vista y del oído más bien que á las facultades reflexivas. Baste decir aquí, que debe comenzarse por enseñar á los niños á hacer uso de sus sentidos, y que los adelantos ulteriores dependerán de lo poco ó mucho que se gane en este respecto.

Enseñanza de los sentidos.—El niño que ha aprendido en su infancia á fijarse en las formas y apariencias de los objetos que le rodean, llegará á ser más tarde un hábil observador de la naturaleza y estudiante aprovechado de las ciencias físicas. Él se divierte y adelanta más con la vista de los cuadros pintados y de los paisajes, que en contemplar sin objeto y vagamente las cosas que le rodean. El que ha sido enseñado desde su niñez á tener firmeza en la mano y precisión en el tacto, estará mejor dispuesto para ser con el tiempo un buen dibujante ó excelente músico. La falta de educación del oído para estimar las más sutiles diferencias de inflexión y de expresión vocal, redundará después en contra del gusto y de la perfección literaria. No es de este lugar el entrar en especulaciones sutiles con respecto á la exacta prioridad ó independencia de las percepciones

sensuales é intelectuales. "*Nihil in intellectu quod non prius in sensu,*" puede ser ó no un dogma sostenible en filosofía especulativa; pero sabemos al menos que un gran desarrollo de sensibilidad en la vista ó en el oído va acompañado, casi necesariamente, de otra de las facultades intelectuales; que la expresión exterior es una poderosa ayuda de la claridad interna; y que ya consideramos el desarrollo de la sensibilidad física parte de la educación elemental ó de la superior, ella es factor muy importante en la vida del hombre para que sea desatendida por el maestro de enseñanza primaria ó superior.

En las últimas escalas de la educación no debe atenderse mucho á adiestrar concienzudamente los sentidos por medio de ejercicios directos, aunque se sabe que algunos estudios, sobre todo, como el de la botánica, el de la química, el del dibujo y el de la música adquieren un valor especial cuando el alumno posee espíritu observador y oído sutil. Y debe no perderse de vista que además de tales usos prácticos ó intelectuales de estos estudios, y sobre todos ellos, se gana mucho con adiestrar la sensibilidad, y con poner á un joven en apéndice para interpretar y sentir las bellezas del mundo á donde ha venido á vivir. Sin embargo, dentro del dominio ordinario de la vida escolar, los ejercicios que se relacionan con el uso de los sentidos son la disciplina de estos en la escuela de párvulos, y las artes de la lectura, de la escritura y del dibujo como se practican más tarde. Á estas debemos confinar nuestras actuales investigaciones.

Los kindergarten ó jardines de la infancia.—Pestalozzi, Rousseau y Jorge Combe insistieron con mucho ahínco sobre la necesidad de una enseñanza más definida é intencional de los sentidos, y haréis bien en estudiar en sus detalles lo que ellos han dicho acerca de esto; pero

debemos á Froebel el haber reconocido con más claridad aquel principio cardinal, y el esfuerzo más sistemático para reducir aquel principio á la aplicación práctica. Su método de enseñanza de párvulos, al que se ha dado el nombre caprichoso de *kindergarten*, ha sido expuesto con más cuidado y claridad por las señoras Shirreff y Maning en Inglaterra, y en Alemania por la baronesa de Bülow, las cuales han manifestado el verdadero espíritu de la nueva doctrina pedagógica; porque comenzaron por reverenciar á su maestro, y terminaron por interpretar lo que él dijo con más claridad que él mismo pudo hacerlo.

Froebel combinó una serie de ejercicios para niños de tres á cuatro años de edad; comprendió que lo primero que debían hacer los niños era ver, tocar, moverse y ejercitar los sentidos, y trató de arreglar una serie de ocupaciones sencillas y apropiadas á los fines de la educación que estuvieran en armonía con las sugerencias de la Naturaleza. Dió á los más jóvenes una caja de piezas de madera para que las arreglaran y dispusieran de acuerdo con el modelo que el maestro les presentara. Venían en seguida ejercicios que consistían en doblar cuidadosamente pedazos de papel de color en diversas formas; en plegar papel ó tiras de papel con arreglo á las muestras presentadas; apuntar ó coser con hilo de color figuras dadas; trazar líneas que aumentarán gradualmente en longitud, número y composición, de manera que resultasen inesperadamente figuras geométricas variadas y agradables.

Además de esto Froebel organizaba juegos, cortas representaciones dramáticas, danzas y movimientos físicos de un género rítmico, con música sencilla, y lecciones sobre conversación en las cuales el niño hablara acerca de algún cuadro, analizando sus diferentes partes;

y hacía que se auxiliaran mutuamente con los conocimientos que tuvieran sobre huertas, jardines, calles y cocinas. He visto practicar algunos de los ejercicios anteriores, y no hay duda que el sistema, en manos de un maestro inteligente y simpático, tiene muchas ventajas importantes. El método de Froebel divierte mucho á los niños, con lo cual se gana inmensamente. Esto disminuye en gran manera la dificultad del problema, que consiste en ocupar todo el tiempo consagrado á la escuela; porque pasar todo el día en una de las formas ordinarias de instrucción es cansado para los niños, y por mucho tiempo los maestros no han sabido cómo hacer más variadas las tareas de los niños en la escuela, tenerlos sometidos á la disciplina, y al mismo tiempo evitar el cansarlos y recargarlos de lecciones y hacerles tomar aversión á la idea de aprender. Para tales maestros, el método y los ejercicios de Froebel son una verdadera adquisición. Ocupados los niños en diferentes ejercicios, estos absorben su atención y sus fuerzas sin causarles fatiga; aprenden á ser obedientes y á fijar la atención; adquieren seguridad en la vista y firmeza en las manos; aprenden á contar, y á distinguir la naturaleza, el color y la forma. Se ejercitan en la imitación, en la invención, y en los elementos del dibujo, y aprenden del mejor modo posible estas lecciones, sin tomarlas como tales, sino como diversión. En realidad son ésto, con un fin científico, y ellos piensan que están en sus juegos cuando lo que se hace es enseñarlos. La experiencia demuestra que los niños educados según este sistema aprenden á escribir, á contar y á dibujar; que están mejor preparados para otras enseñanzas que los educados por otro método; y que obtienen de una manera directa hábitos que solamente se ven ó se encuentran en una naturaleza sensible y en una inteligencia clara. Por

tanto, os recomiendo encarecidamente que os familiaricéis con este método estudiándolo en alguno de los libros que he nombrado, y que saquéis provecho de la bondad del sistema. Al mismo tiempo me atrevo á hacer os algunas advertencias que no hacen los autores de libros sobre tal sistema. No los culpo por esto. Se hace siempre más con el entusiasmo que con la crítica. La frialdad y desconfianza que nos anima con respecto á la bondad ó maldad de un sistema no es de esperarse que la tengan también aquellos hombres y mujeres que rebelándose contra lo inerte y torpe de la disciplina á que han sido sometidos los niños, han exagerado tal vez la bondad del método de Froebel. Pero demos por cierto que si ellos no hubieran visto con claridad dicho sistema, no habrían conseguido tantos adeptos ni hecho tanto bien.

El éxito depende de las dotes personales del maestro.

—Yo aconsejaría á los maestros que no trataran de adoptar el sistema á menos que tuviesen fe en él y las aptitudes especiales y el entusiasmo que se necesitan para sacar de él todo el provecho posible. Dará muy pobres resultados si cae en manos de maestros sin brío alguno que lo consideren meramente como sistema que cualquiera puede adoptar, y que traten de ponerlo en práctica valiéndose de libros de diagramas y de dibujos en donde están descritos los ejercicios en serie regular. Para que el sistema dé resultados satisfactorios se necesita que el maestro sea jovial y simpático, que se entusiasme y tenga gracia y facilidad para referir cuentos y hacer sencillas explicaciones.

Límites de su utilidad.—Hay maestros que se entusiasman tanto con el sistema y le tienen una fe tal, que llegan á abusar y á esperar demasiado de él. El *kindergarten* no está destinado á que el niño pase en

él toda su vida escolar, pues eso es tanto como confundir los medios con los fines. Llegado cierto tiempo tiene el niño que abandonar los juegos para aprender cosas de más provecho. Si se los dedica á hacer señales y figuras, cuyo sentido no comprenden porque ya sus facultades se han desarrollado lo suficiente para que se les enseñe á escribir, el maestro se ha excedido en el sistema. Al permitirles que empleen mucho tiempo en hacer trenzados y dobleces ó adornos de papel, será fácil que lleguen á comprender el ningún valor de estos en sí mismos, cuando ya debieran estar ejercitando la mano y la vista en dibujar, coser ó tejer, ó en alguna otra cosa cuya utilidad comprenda el niño. Los niños saben muy bien que deben aprender en la escuela, y ha de enseñárseles aquello cuyo objeto vean. No reciben preparación para el trabajo serio de la escuela ó para el de la vida, si no hacen otra cosa que divertirse y jugar. Entonces el *kindergarten* no los hace trabajar, ni los pone en situación de vencer dificultades.

Es preciso ver claro en este punto. No nos creemos dificultades en el supuesto de que tenemos que robustecer la naturaleza de los niños, ni perdamos de vista las que puedan presentarse. Admitamos la necesidad suprema de desarrollar las facultades; pero confesemos que de diez, nueve maestros se equivocan por desconocerla, y por suponer que toda su tarea se reduce á comunicar conocimientos. No obstante, debemos no olvidar que la vida de la escuela es demasiado corta para emplear mucho tiempo en enseñar, *por amor á la enseñanza*, y que tan pronto como hemos desarrollado una potencia ó facultad es preciso ponerla á trabajar cuánto antes en alguno de los problemas prácticos de la vida.

El hábito de observación no es de suprema importancia.

cia.—Además, aunque es muy útil la facultad de la observación, es posible exagerar su importancia. Á la larga, en la vida intelectual es factor menos valioso que el hábito de la reflexión, y el *kindergarten* ayuda poco ó nada á desarrollar ésta. Los ayuda á los niños á apreciar con más claridad lo visible y lo concreto, pero con dificultad los conduce hacia lo abstracto y lo invisible. Aprenden á fijarse, á oír, á obrar en concierto, pero el maestro es el que piensa y el que habla. Este no es un defecto del sistema, sino que es uno de los límites de su utilidad, por lo cual no debe perderse esto de vista.

Froebel y su obra.—Al estudiar la vida y hechos de Froebel no dejaréis de respetar su entusiasmo, y de admirar su simpática naturaleza infantil; no llegaréis á la conclusión de que tuviera vastas y profundas ideas sobre la educación considerada en conjunto. Él no fué un erudito, y parece que no atendió mucho á los conocimientos derivados de los libros, sino que vió con mucha claridad ciertas verdades sencillas cuya práctica debía hacer más productivo y agradable el trabajo infantil. Demos gracias á tales profetas, aunque no nos hayan dejado sino verdades á medias. Hay algo de conmoveder en la observación de la baronesa de Bülow, una de sus más diligentes discípulas: “La luz con que el cielo favorece á un hombre raras veces distribuye sus rayos sobre todo el conjunto de su ser, sino que tan sólo alumbra aquel campo donde está destinado á edificar.” Cada uno de nosotros tendría por qué alegrarse si la luz fuese lo suficientemente clara y estable para mostrarnos lo que pudiéramos hacer mejor. La parte iluminada en Froebel fué aquella que pudo hacerle ver el corazón y la vida de los niños, los comienzos del saber y del pensamiento, las funciones y los deberes de los maestros de primeras letras; región que si tiene fronteras defini-

das, es lo bastante ancha y variada para satisfacer una ambición más atrevida que la suya.

Me permito repetir que cualquier maestro que tenga la oportunidad de ejercer influjo sobre una escuela preparatoria, hará bien en procurar que los métodos de Froebel sean adoptados en razonable proporción. Podrán emplearse muy bien hasta la edad de siete años si se combinan juiciosamente con otras formas de instrucción elemental; mas no debe permitirse que se sobrepongan á ésta.

Enseñanza de la lectura.—En el supuesto de que los alumnos hayan aprendido á leer con facilidad y ya sean capaces de entender lo que dice el libro, ¿deberá darse por satisfecho el maestro? La mayor parte de los profesores se contentan con eso; creen haber puesto en manos de sus discípulos el instrumento que ha de servirles para adquirir todos sus conocimientos ulteriores, y que ya no necesitan más lecciones de lectura. La lectura en alta voz, como arte propiamente dicho, está muy descuidada en las escuelas, con especialidad en las de instrucción primaria superior; porque no se aprecia bien su valor, considerando mucho más importante la adquisición de otros conocimientos. Sin discutir este punto, puede afirmarse que si alguna vez se hiciera fijar la atención de los maestros en la gran utilidad de este arte, procurarían dedicar algún tiempo á su mejor estudio y enseñanza. Considérese lo raro que es oír leer verdaderamente bien. Por de contado que no llamo leer bien á la elocución de efecto teatral, que se atrae hacia sí la atención y el aplauso para ella sola, y cuyo artificio notan los oyentes; sino á la lectura tan clara, fácil y natural, que se pueda oír con gusto una hora entera ó más tiempo, y por medio de la cual se lleven á la mente del que escucha todas las palabras y la verdadera significa-

ción que á cada una le ha destinado el autor del escrito.

Debemos no considerar la lectura como mero arte mecánico del cual nos valgamos para reproducir pensamientos ajenos. Es por sí misma un ejercicio para la inteligencia y el gusto. Ya hemos dicho que enseñar es aprender. Así, pues, la lectura en alta voz de modo que ilustre, encante y conmueva á los que escuchan, es el medio infalible para ilustrarse, encantarse y conmoverse el lector mismo. De muchos buenos libros puede decirse con verdad, que nunca se entienden completamente sino después de haberlos oído leer ó recitar bien por quien sepa hacerlo. Si además se considera que la voz humana es lo que sirve para expresar con mayor fidelidad, fijeza y elocuencia lo que el hombre piensa y siente, se echará de ver la relación que existe entre el buen pensamiento y su buena enunciación; y que cuanto el maestro haga por dar á su lenguaje mayor exactitud, expresión y belleza, beneficiará directamente á la cultura intelectual y moral de sus discípulos. Por último, recordaré que de todas las artes y aptitudes que el hombre posee, la de enunciar sus pensamientos es la de más frecuente aplicación; y lo que se hace más á menudo es lo que mejor debe hacerse.

Condiciones principales de la buena lectura.—Habríamos de extendernos demasiado si quisiéramos presentar aquí el compendio de las reglas para la buena elocución. Pero sí es del caso señalar tres puntos de la mayor importancia que conviene no perder de vista: á saber:

1°. *Pronunciación clara*, de modo que los oyentes perciban bien todas las sílabas y sus letras, especialmente las consonantes. Para corregir los defectos de pronunciación, se formará una lista de palabras que ofrezcan alguna dificultad y se hará que los alumnos se ejerciten

pronunciándolas hasta lograr que enuncien clara y distintamente todos los sonidos que pertenezcan á cada vocablo; ésto á más de corregir todo defecto que se note al leer los alumnos en clase.

2°. *Hacer frecuentes pausas.* Para acostumbrarse á leer bien, es necesario empezar por leer despacio y hacer aun más pausas que las indicadas por la puntuación. Les será más fácil repartir esas pausas á quienes hayan aprendido á analizar las oraciones según la división en sujeto, verbo y predicado. Como regla, diremos que para marcar las divisiones lógicas de cada oración, deberá hacerse una ligera pausa retórica, aunque sin detenerse apenas, después de un nominativo, especialmente si consta de dos ó tres palabras; antes de cada preposición, conjunción ó pronombre relativo, y antes de cualquier palabra ó frase que se necesite decir haciéndola resaltar.

3°. *Dar justa entonación y sentido.* Desde un principio se debe corregir á los niños el vicio de leer con monotonía ó con tonillo; se les ha de acostumbrar á que lean como se habla, dando á las frases impresas iguales inflexiones que las usuales en la conversación. Esto se ha de lograr, bien sea haciéndole leer trozos convenientemente variados, bien sea, además, obligando al alumno á cerrar el libro tan pronto como diga con tonillo alguna frase y haciéndole decir entonces en su propio lenguaje la sustancia de lo que acabe de leer; ó también observando con rigor la regla de que la vista debe llevar adelantadas algunas palabras á las que se van pronunciando, á fin de que al enunciar éstas se tenga ya completo conocimiento de su valor é intención.

Expresión oral.—Á más del arte de leer, ó de reproducir las palabras impresas, debe tenerse presente la utilidad de la *expresión oral*, el modo de expresar el

alumno sus propios pensamientos en su propio lenguaje; cosa harto desatendida en las escuelas. Con sobrada frecuencia los maestros se conforman con que sus alumnos digan tan solamente lo que han aprendido, y á trozos, contestando á preguntas y casi en la misma forma que lo han aprendido. Será bueno que poco después de concluirse cada lección el maestro diga á sus discípulos: "¿Quién de ustedes puede darme mejor explicación de lo aprendido ahora? ¿Quién de ustedes puede referirme lo que acabo de exponer?" Así se tendrá un ejercicio de expresión consecutiva, de elección y uso de las palabras; el cual no se logra por medio de la simple contestación á preguntas fijas. Esta práctica será algo molesta al principio, en cuanto los discípulos sentirán cortedad para responder; pero, una vez adoptada, se verá cuánto ayuda á dar facilidad y confianza á los niños, y se notará que ejerce excelente acción refleja en la lectura, evitando la monotonía y el amaneramiento.

Ejercicios especiales.—Procúrese tener de cuando en cuando un pequeño concurso de lectura ó de elocución, en el cual se recite algún animado diálogo ó alguna escena dramática por los mejores alumnos y en presencia de la clase.

Convendrá igualmente hacerles aprender de memoria algunos trozos de discursos ó de poesías célebres, para que se reciten con especial cuidado en cuanto á su buena pronunciaci3n y expresi3n.

Ejemplo del maestro en la lectura.—En muchas escuelas se considera útil destinar media hora á la semana á la lectura por el maestro en presencia de los alumnos, escogiendo para ello trozos de buenas composiciones en verso y en prosa. Si el maestro elige trozos que atraigan la atenci3n de los discípulos y sabe leerlos de modo que éstos le escuchen con placer, no sólo les proporcionará

modelo que imitar, sino ocasi3n para aficionarse más al arte de leer como medio de dar y de obtener grato entretenimiento.

Esta y las demás reglas citadas presuponen que el maestro mismo sea buen lector. No se puede nunca elevar al discípulo al mismo nivel del profesor; pero si desea que lleguen á poseer bastante bien lo que estén aprendiendo, es preciso que el maestro lo domine enteramente; y por eso le será provechoso, respecto á la lectura, todo trabajo que se tome para aumentar la fuerza, dulzura y flexibilidad de su voz. La lectura es un arte de imitaci3n, y si se ha de enseñar bien será menester primero convencerse de que la buena elocuci3n merece aprenderse, y después aprenderla.

Escritura.—La escritura es uno de los asuntos sobre los cuales parece ha de haber menos que decir. Todos convenimos en que es cuesti3n de práctica y no de teoría. Para enseñar á escribir son muy pocos ó ningunos los principios que han de explicarse, y muchísimos los ejercicios que han de hacerse.

Como arte, se descuida mucho la enseñaanza de la escritura en las escuelas elementales y superiores. Al escribir muchas notas, traducciones y otros ejercicios, los niños se acostumbran á hacerlo de prisa y mal, aun antes de haber aprendido á formar bien cada letra; y es muy poco lo que se procura evitar esa tendencia. Cuando se considera la comodidad que un buen manuscrito proporciona á quien lo lee, no se comprende por qué raz3n haya de desatenderse el perfeccionamiento de la escritura en las clases superiores de las mejores escuelas.

Su importancia indirecta.—Á más del resultado inmediato que se desee obtener de una lecci3n cualquiera, el maestro ha de considerar qué facultades ó cualidades mentales se ejercitan en esa lecci3n, y qué efecto puede

producir el estudio de cada asignatura en la formación del carácter intelectual del discípulo. Así considerada la escritura, se advierte cómo enseña á ver mejor, á fijar el pulso, á dar más flexibilidad á la mano, y cómo favorece los hábitos de obediencia y limpieza del alumno, siempre que las lecciones se dispongan y dirijan convenientemente.

En la actualidad es fácil lograr que todos los alumnos de una escuela lleguen á escribir con cierto grado de perfección. Puede decirse que generalmente escriben bien los alumnos de las escuelas elementales. Cuando el método es bueno y se sigue con constancia, resulta infalible su eficacia, hasta en los peores casos; y el buen método no es complicado. Hay sistemas completos para la enseñanza de la escritura fundados en el análisis de las letras, considerándolas divididas en sus elementos, que se llaman *cáidos*, *perfiles*, *curvas*, &c.; y he visto dar lecciones muy ingeniosas, en las que después de enseñados los modelos de las diferentes partes de las letras se iban dictando los nombres de esas partes, resultando así luego formadas las letras y hasta palabras enteras. Pero en la práctica son de poca utilidad semejantes sistemas, en cuanto exigen innecesario esfuerzo de la memoria, y dan distintos nombres á cosas que separadamente carecen de valor y de significación. El buen éxito en la enseñanza de la escritura se logra á favor de otros métodos mucho más sencillos. Si se principia por ejercitar á los discípulos en el trazado de las letras más fáciles para pasar luego gradualmente á las que mayor dificultad ofrecen, el resultado final es el mismo que si se clasifican sus trazos componentes. Para los efectos de la práctica basta con formar cinco grupos de letras que comprendan, por ejemplo, el primero *n m l u i*; el segundo, *o c a q d*; el tercero, *r b v*; el cuar-

to, *g h f j p*; y el quinto, las letras que más difieran de esos tipos como son la *s*, la *z*, la *k* y la *x*. Además, el profesor debe hacer que en las muestras aparezcan vocablos cortos compuestos de las convenientes letras, en vez de presentar letras sueltas, porque así se excita más el interés de los niños.

Poniendo buenas muestras á los discípulos, que es la primera condición, la atenta vigilancia y pronta corrección de las faltas logrará lo restante. No se necesitan muchas explicaciones sobre el modo de tomar la pluma ó de tener el cuerpo; en algunos casos particulares puede indicarse el defecto de la mala posición, pero ningún daño se sigue de permitir que los alumnos manejen la pluma de diversas maneras, con tal que hagan buena letra. El profesor cuidadoso va viendo por turno lo que hacen todos los alumnos de la clase de escritura, les llama la atención sobre cualquiera falta, traza con lápiz la letra dificultosa para el discípulo y le hace repetirla en todo un renglón, sin dejarle continuar hasta que él vea lo escrito al corresponderle de nuevo el turno de revisión. Cuando observa que en la clase hay varios discípulos que incurren en un mismo defecto de forma ó proporción al escribir, traza delante de toda la clase, y en una pizarra pautada, las letras que ellos escriben mal y les obliga á copiarlas repetidamente, porque sabe que de no hacerlo así favorecería la tendencia de los niños á copiar sus propios defectos; de ahí que fíe más en su incesante vigilancia, en el cuidado de que ningún alumno cometa dos veces una misma equivocación, y en el uso continuado de buenos modelos de letra, que en ninguna especie de enseñanza teórica.

Doctrina de Locke.—De lo que sobre este asunto escribió Locke se deduce que los dos medios principales para enseñar á escribir bien son: 1°, el trazado sobre

muestras, siendo acaso preferibles las de mano del maestro hechas con lápiz, en lugar de las grabadas ó litografiadas de líneas desvanecidas; y 2º, exigir que los discípulos hagan letra grande, no accediendo tan pronto como suele accederse al deseo de los alumnos de empezar á escribir letra pequeña y de corrido. Los que principian pronto á hacer letra pequeña suelen cuidar poco de la forma correspondiente á cada letra en particular, adquieran la costumbre de escribir mal y no la pierden ya nunca. Pero los que siguen trazando caracteres mayores hasta que consiguen dar buena forma á cada uno, pueden llegar á tener buena letra, pronto y sin dificultad. En esto, como en muchas artes mecánicas, no hay que impacientarse porque al principio se vaya despacio, recordando que una vez bien dominadas las dificultades se adelanta luego con más rapidez y menos trabajo. Aquí viene bien lo de que la gradación y la repetición, debidamente entendidas, son el alma de la enseñanza.

Dictado.—Una lección de escritura al dictado puede dirigirse con habilidad ó sin ella, y por lo mismo me parece que no estarán fuera de lugar algunas observaciones acerca de este sencillísimo asunto.

Al dictar frases, oraciones ó cláusulas, algunos maestros van pronunciando las palabras una por una en alta voz y con monotonía; lo cual no hace al caso, pues por fuerte y claramente que se pronuncien las palabras aisladas, es fácil que no se comprendan bien. Otros maestros leen fragmentos cortos, repitiéndolos hasta tres y cuatro veces; este sistema da ocasión á equivocaciones, por cuanto después de escrita una palabra el oírlo repetir es innecesario y sólo sirve para distraer la atención del alumno que está escribiendo.

La mejor manera de dictar á los niños es leerles primero todo el pasaje que han de escribir, á fin de que

formen idea de su significado y objeto; leyéndolo luego á trocitos, ó sea parte por parte de la cláusula, pero diciéndolos una sola vez y con la inflexión de voz y en el tono correspondientes á lo que expresen las palabras leídas, á más de dejar después de cada frase tiempo bastante para que pueda escribirla el alumno que lo haga con menos prontitud. Las pausas no han de arreglarse á lo que pida la puntuación precisamente, ni á ninguna medida fija ó igual; pero sí deben corresponder á la separación de los elementos lógicos de la sentencia, de tal modo que cada trozo confiado á la memoria tenga unidad y sentido particular. Hé aquí un ejemplo:

“Salí á paseo | ayer tarde | por los campos vecinos, | é insensiblemente | me sorprendió | la oscuridad | de la noche. | Tan distraído iba.” |

Si alguna vez se hace preciso repetir cualquier palabras ó frase, será porque quien dicte no lo haga como conviene; y entonces habrá de acostumbrarse á pronunciar con mayor claridad ó á tener más paciencia.

Transcripción.—El ejercicio de copiar trozos de lo impreso en un libro, aunque no deba preferirse al dictado, puede reemplazarle útilmente de cuando en cuando. Es más expeditivo y tranquilo, aunque ocasionado á que si el alumno es poco cuidadoso le resulten las mismas equivocaciones que escribiendo al dictado, por no mirar las palabras una á una y sí querer acordarse de dos ó tres á un tiempo. Si se trata de alumnos que miren cuidadosamente las palabras y procuren no equivocarse, desde luego este ejercicio será tan eficaz como el de la escritura al dictado; y después de concluido podrán examinarlo y corregirlo los mismos alumnos antes de que lo vea el maestro.

Dibujo y música vocal.—Aunque no me propongo dar reglas prácticas acerca de la música y del dibujo,